

Intentando la cuadratura del círculo: seminarios técnico-clínicos y supervisiones en el devenir analista

Adrián Liberman L⁴⁵

Resumen:

Objetivo: A partir de la definición del conocimiento analítico como “rebelde” (Safouan, 1984) y de la profesión analítica como “imposible” (Freud, 1926), se pretende reflexionar acerca de la dificultad de ‘cuadrar el círculo’ del proceso de la formación analítica, poniendo mirada en los seminarios técnico-clínicos y las supervisiones como parte del proceso de advenir analista, que dejan ambos un resto en el proceso de formación de nuevos practicantes del Inconsciente. *Medios:* Se revisan aspectos comunes y distintivos de ambos procedimientos institucionales, resaltando sus lugares y funciones, así como sus diferencias y sus dificultades. *Resultados y Conclusiones:* se intenta un resumen de lo expuesto para ser usado como estímulo para continuar pensando sobre la Formación Psicoanalítica.

Palabras clave: formación psicoanalítica, seminarios técnico-clínicos, supervisiones.

(...) And I try,
 oh, my God, do I try,
 I try all the time
 in this Institution.
 And I pray,
 oh my God, do I pray,
 I pray every single day
 for Revolution...
 (4 Non-Blondes, “What’s up?”)

⁴⁵ Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas (SPC), con funciones didácticas en el Instituto de la SPC.

La pertinencia de este escrito está basada en una repetición que insiste en mí, y que la caracteriza adecuadamente Safouan (1984), acerca de que el psicoanálisis es un conocimiento “rebelde” y, aun así (o a pesar de ello), está profunda y difundidamente institucionalizado. ¿Cómo entender el advenir de un psicoanalista, orientado hacia un deseo deconstructivo de verdades prestablecidas, en el marco normado de la institución psicoanalítica?

En sus diversas caracterizaciones del ser psicoanalista, por parte de Freud, la que más resuena hoy en mi cabeza es la de “oficio imposible” (1937). Junto al gobierno y la educación, el Padre Fundador, señaló la existencia de una aporía, un límite que distancia el ejercicio del Psicoanálisis de los cánones aplicables a otras áreas del hacer humano. Para mí, y para efectos de lo que sigue, esta descripción (¿advertencia?) apunta a la misma dificultad que se presenta en el ámbito de la geometría de ‘cuadrar’ un círculo, o de hacer coincidir un área con otra, sin asimilar la persistencia de un ‘resto’ irreductible a toda maniobra.

El ejercicio del Psicoanálisis no ha podido asimilarse al resultado de una formación académica, a una carrera universitaria, a un oficio (Korman, 1996), a un discipulado (Tamayo, 2004) o a la inscripción en un linaje imaginario, entre otras opciones, sin dejar siempre algún aspecto excluido de sus peculiaridades.

Tampoco caracterizaciones despegadas de referentes concretos como “función”, “lugar” o “ejercicio de un deseo” (Miller, 1989; Laurent, 2004; Nasio, 2002; Lacan, 1969) permiten entender a cabalidad las múltiples aristas por las cuales un individuo se transforma en analista y ejerce como tal.

En este momento, es fundamental señalar que a la tarea imposible de analizar, la institución analítica recurra a la otra (educar) y en su funcionamiento haga caso de la última de la tríada (gobernar).

Adelanto solamente una posible hipótesis acerca de la formación analítica, aunque no la vaya a roturar demasiado en lo que sigue: es un intento de crear una autonomía en las posibilidades de creación de sentido en la escucha del inconsciente en alguien que la valora, pero aun no la detenta. Autonomía que parece requerir, sin embargo de las instituciones y sus funciones de limitación (no por ello no democráticas), para advenir.

Uno de los interrogantes permanentes desde que se hicieron los primeros intentos de institucionalizar la formación de nuevos analistas, al día de hoy, es cómo hacerla rigurosa sin convertirla en ideología o mera técnica. El cómo dar asideros distintivos a aquellos que desean reconocerse como psicoanalistas fue producto de un malestar, igual que se plasma entre otros momentos, en la cuestión del análisis profano (Freud, 1926) o los cismas de Adler y Jung. Pero, como respuesta a un malestar, también produce un saldo no resuelto que exige volver a la pregunta acerca de cómo nos agrupamos y autorizamos para el ejercicio de la escucha del inconsciente.

¿Cómo abordar algunos aspectos entonces de la formación psicoanalítica, en el marco de las instituciones, asumiendo lo que dice Miranda Redondo (2003) que el psicoanálisis no es (todo) ciencia, ni solamente una teoría?

Es de destacar que la institucionalización de la formación psicoanalítica tiene su génesis en un dilema, que consiste en posibilitar la promesa de una profesión imposible...

Mucho de las instituciones psicoanalíticas gira alrededor de la formación, la transmisión más o menos establecida que permita la sucesión de las generaciones y el advenimiento de nuevos practicantes del inconsciente.

Pero, incluso hoy, cuando acontecimientos sociales como la digitalización y la interconexión global (¡ay! la cultura, ¡siempre la cultura!) hacen que la coincidencia geográfica deje de ser óbice para agruparse, las formas de los analistas de hacerlo parecen estar dotadas de gran resistencia, en su sentido de inercia.

La producción de nuevos analistas pivota en la necesidad de dotar a los aspirantes de un conocimiento, que desean pero aun no poseen, pero también de una identidad y un lugar en la sucesión intergeneracional, que en último término, remite al Padre Fundador.

¿La formación 'habilita' o 'autoriza'? Este es todo un campo de debate que excede el foco del presente texto, pero que me parece necesario mencionar.

Y, aunque la formación esté 'formalizada' o 'modelizada' en un trípode, que tiene ya más de un siglo de existencia, no ha dejado de ser fuente de

inquietudes para muchos analistas. Especialmente, cuando esta hace aguas, como cuando se esclerosa deviniendo en ideología, o cuando se produce el dilema acerca de si permitir el egreso de aspirantes mediocres o insuficientes (sea esto lo que sea), o al ocurrir errores de apreciación, permitiendo la entrada de candidatos con objeciones clínicas o éticas (caso Amílcar Lobo Moreira, citado en Miranda Redondo, 2003).

Lo anterior es incompleto, pero solo deseo usarlo como punto de arranque para señalar que, aun así, el asunto de la formación de los analistas ha intentado ser modelizado y objeto de establecimiento de estándares y cánones, en diversos momentos y latitudes.

Estas modelizaciones han servido para muchas cosas. Entre otras, para intentar crear un mínimo de 'señales de pertenencia', a través de las cuales diferentes practicantes del inconsciente se reconocen. Han funcionado para producir nociones imaginarias y simbólicas de pertenencia, para dotar de márgenes que permitan agruparse en algo parecido a 'gremios' y para salvaguardarse de la práctica 'profana' y sin rieles éticos. También, han funcionado como resortes para cismas, escisiones y acantonamientos de diversos tipos. Pero, independientemente de su revisión crítica, las agrupaciones analíticas diseñan lo que dan en llamar 'formación' y coinciden en parcelarlas en diversas tareas, a las que asignan mayor o menor peso en el propósito de legitimar el deseo de hacerse analistas.

En este sentido, la International Psychoanalytical Association (IPA) les ha dado lugar a tres modelos simultáneos de formación y yo usaré el que está en uso en la sociedad en la que me formé, Sociedad Psicoanalítica de Caracas, como matriz referencial para abordar el tema que propongo. Aspiro que estas preguntas puedan extenderse, con sus matices y diferencias, a los ámbitos de las asociaciones que se agrupan dentro de la IPA.

Centraré así mi mirada en una revisión de los Seminarios Técnico-Clínicos y las Supervisiones de los analistas en formación. Mi idea es interrogar algunas de sus particularidades, demandas específicas y valores, en la tarea de hacer advenir a los candidatos en analistas.

Antes de ocuparme de cada una de estas actividades por separado, me interesa destacar algunos de sus denominadores comunes:

- Ambos son actos de de-mostración. Son ejercicios en los que el analista en formación ‘muestra’ las peculiaridades de su acto, en búsqueda de una ‘garantía’ que las valide como legítimamente pertenecientes a la doxa y praxis de lo que una comunidad determinada denomina ‘análisis’. Esta búsqueda de garantía se hace en presencia de un otro, docente o supervisor, pero tiene un tercero incluido en el acto, que es la Institución, la cual, en último término, es la instancia decisoria para la pertinencia de tal acto mostrado. Así, se establece un mecanismo de correa de transmisión, de mensaje mediado entre quien muestra y quien es testigo del acto analítico en cuestión. Pero, también en sentido inverso, en cuanto la institución, como estructura social, hace saber su opinión y estimula o sanciona lo que observa en el candidato.
- Estas de-mostraciones (las del ‘paciente oficial’ o del caso seleccionado para ilustrar el seminario) siempre están referidas a un hecho pretérito. No es el acto en sí lo observado, sino el testimonio de quien dirige la cura acerca de algo acontecido en otras coordenadas tiempo-espaciales. Testimonio reconstruido, por ende sujeto a la edición inevitable del recuerdo y el olvido. Narración atravesada por la subjetividad de quien la expone. Decir atravesado por un deseo (ser validado como practicante del inconsciente) como de su contracara, la de las demandas de los cánones institucionalizados para que esto sea así o no. Entonces, ambas partes del trípode formativo tienen presente, fantasmáticamente, los ideales institucionales (explícitos o no) como el de sus representantes y las cadenas filiatorias en las que estos se inscriben.
- Pero estas de-mostraciones también buscan re-editar, a cada momento, la pertinencia y el placer prometido que el método analítico

está llamado a producir; a “funcionar”, si así se quiere, o a evidenciar que en sus particularidades se actualiza el inconsciente dinámico como hipótesis actuante, y el poder de la palabra en su nominación y posible modificación también. Cada supervisión y seminario técnico-clínico es, en sí, una dramatización del gesto freudiano, y contiene la apuesta por la capacidad de subversión de la verdad, que se cuela en el acto del analista con el analizante.

- Así en aras de la claridad y la osadía, me interesa poner de relieve que el dar cuenta de un acto que siempre tiene algo de indecible (como lo tiene la libre asociación del analizante) y que requiere de las mayores intimidades para su ejecución, se hace ante más personas que las que se supone a primera vista. Y este decir, por parte del presentante en el marco de un seminario o del supervisando, implica siempre que una de las partes tiene más información que las otras. Es decir, entre las particularidades que se transmiten acerca del caso (supervisado, u objeto de ejemplo en el marco seminarial), existe siempre la distancia entre la objetivación y la experiencia, proveniente de estar inmerso en el dispositivo en el que los fenómenos se producen.
- Como en todo acto de comunicación humana, el proceso de evidenciar el acto analítico en cuestión en ambas situaciones formativas, está atravesado por las transferencias instaladas entre los participantes del mismo. Mientras que, en el caso de los seminarios puede suponerse la existencia de una transferencia hacia la institución encarnada en el docente, en la supervisión, por su extensión en el tiempo, es plausible pensar en una transferencia más personalizada. O bien, en una donde el componente de la intimidad creada por el contacto sostenido en el tiempo se agregue a la que se encarna en el supervisor, como semblante de la institución analítica y su poder legitimante.
- El tema de las transferencias y los complejos juegos de espejos que delatan en el marco de las relaciones ‘didácticas’ ha sido abordado,

por ejemplo, por Kernberg (2001), tanto como ‘problema’, pero también como ‘marca’ de las características que tiene la formación psicoanalítica como aprendizaje y proceso transformativo de la subjetividad (Lieberman, 2020). Seminarios y supervisiones no se centran meramente en la adquisición de conocimientos intelectuales. Intentan dar cuenta, en algún grado, de las modificaciones que experimenta también el analista en formación de su subjetividad, en tanto circula hacia su identidad analítica en ciernes. De ahí que, en ambos casos, no solo se hagan evidentes la apropiación de doxas (teorías) y praxis (técnicas), sino de los impactos que estas tienen en la tarea del desciframiento del Deseo Inconsciente del Otro a través de la propia subjetividad.

- Es mi deseo que el punto anterior sea suficientemente claro al lector, para apuntalar alguna de las razones por las cuales la Formación Psicoanalítica no puede asimilarse a un ‘curso universitario’. No transita por la mera transmisión de herramientas gnoseológicas puramente, sin tocar a cada momento la estructura subjetiva de los participantes en ella. Pero, tampoco puede asimilarse a un rito iniciático, en el cual un maestro suministra al aspirante de un “hilo de Ariadna” para transitar por el Dédalo que implica el ejercicio del acto analítico. Y esto último al precio, muchas veces, de una demanda de identificación masiva con el supervisor o docente...

Por ello, en mi visión actual, el arco entre el aspirante y el analista, no puede intentarse ni como *Tekné*, ni como ‘mística’, sin amputar algún aspecto de la formación. Y por ello, nuevamente, el carácter de imposible en el oficio insiste.

- Tanto en la supervisión como en los seminarios, se le exige al practicante, de manera más o menos abierta, el dar señales que permitan legitimar como ‘analítico’ el testimonio de su acto (sesión, o ‘caso’). Esto implica, entre muchas otras cosas, evidenciar si hay

escucha en transferencia del decir de otro, dentro de un encuadre metodológicamente razonado (Merea, 2004). Es decir, si su testimonio puede ser incluido o no en lo que de específico tiene el acto analítico, para diferenciarlo de otros tipos de actos. No es solo el deseo de advenir analista lo que está en juego, sino también la aptitud para la creación de un dispositivo en el que se propicie la emergencia del inconsciente como hipótesis.

- Pero, en términos ideales, tanto seminarios como supervisiones deberían promover la autonomía de pensamiento. La capacidad analítica (la modificación de la posición subjetiva frente a la 'verdad' conocida) extendida a la posibilidad de poner en tensión las ideas dadas. ¿Cómo hacer esto, cuando en parte supervisión y seminarios tienen intenciones de promover también identidades y adhesiones a formas instituidas? Esta antinomia, que a veces es pasada por alto, es una de tantas que recuerdan las tendencias autoritarias de algunos institutos.
- Existen otras tensiones en el seno de las supervisiones o 'análisis de control' y los seminarios. En tanto la función del analista es interrogar y estimular a la destitución del deseo en el analizante, para su ulterior asunción, seminarios y supervisiones son parte de un aparato administrativo que invita a la 'reproducción' del saber dado, lo que está a contrapelo de lo que la experiencia analítica es (y que incluye a ambos miembros de la dupla). El acto analítico no es pedagógico (o no debiera serlo) pero, curiosamente, para ser 'habilitado' en su ejercicio, dos de sus tres pilares formativos, lo son (Pasternac, citado en Tamayo, 2004).
- Ambas cosas, análisis de control y seminarios, apuntan idealmente al desarrollo de una responsabilidad en quien se forma. Un aprender a 'saber hacer' en el develamiento de las represiones, una apropiación de un saber que no se sabe que se posee. Una acción transformativa. Sin embargo, esta responsabilidad se hace mediante un ejercicio de poder, asumido por el docente que evalúa y da cuenta de ello, como

del supervisor, que también habla de los avances (o de la falta de ellos) por parte del que se forma.

Confío que en lo expuesto hasta ahora, haya podido, al menos, balizar algunos aspectos que comparten tanto el análisis de control como los seminarios técnico-clínicos, en el marco de lo que acostumbramos a denominar formación analítica. En consecuencia, intentaré ahora adentrarme en lo distintivo de cada una:

El análisis de control

Así como en todos los Institutos pertenecientes a la IPA hay consenso de la necesidad del análisis del analista, también lo hay acerca de lo irrenunciable a la supervisión o análisis de control.

Uno de los primeros aspectos a resaltar, es que este consiste en un vínculo sostenido en el tiempo, entre quien aspira a saber y quien 'ya sabe'. Uno de los principales cuestionamientos emerge cuando el lugar de los últimos está circunscrito por la Institución a un estamento denominado 'didactas'. Ya en otro texto intenté aportar alguna comprensión acerca de en qué consiste ser o no 'didacta' (Lieberman, 2018). Al restringir el número y mérito de los posibles controladores, la transferencia (o algunas de sus posibilidades) se ve constreñida. Pero más aún, se impregna como obligación, dando al traste con el deseo en juego con la demanda libre de control (¡vaya contradicción entre términos!) por parte de un aspirante. Circunscrita a un subgrupo de sus miembros y exigiendo que sea distinto al analista didacta que conduce la cura personal, la Institución interfiere en la efectuación de la transferencia y su posible elaboración.

Un analista en formación no puede acudir a otros miembros de una asociación, que quizás no estén interesados en los blasones de la función didáctica, pero que sí pueden acumular más experiencia, o talento en la escucha y transmisión de los desafíos del acto analítico.

Otro sí pasa porque, para ser 'oficial', el análisis de control debe cumplir un número determinado de horas. Generalmente coincidente con la duración de los seminarios. Las razones o argumentos que sustentan esta duración no siempre están claros o sustentados en aspectos distintos a los administrativos. Una vez más, los estándares, como el objeto en la melancolía, arroja sus sombras en lo imposible de acotar que tiene la experiencia analítica.

Pero, también es lícito cuestionarse si el hacer analítico es un encuentro con la diversidad, con lo único de cada quien, ¿por qué no permitir que el candidato 'circule' entre diferentes controladores, para acceder a la inexistencia de un modo uniforme de 'hacer análisis'?

La Sociedad Psicoanalítica de Caracas tiene una propuesta llevada a la práctica desde hace tiempo, llamadas las 'supervisiones rotatorias', en las que el aspirante (aun no candidato) se roza con analistas de diferentes experiencias, orientaciones y jerarquías. Sobre los beneficios de ello, también escribí en su momento (Lieberman, 1998). Esta práctica busca poner sobre aviso, al menos parcialmente, al aspirante sobre la multiplicidad de aproximaciones que hay en la escucha del inconsciente.

Aun así, la supervisión será un vínculo bajo aspectos transferenciales, cronificada por mandato, y circunscrita a la comprensión procesual de la conducción de una o dos curas por parte del candidato, de alta frecuencia ambas.

¿Por qué este límite? Es solo análisis el que transcurre en 3 o más sesiones por semana, o también el que se ejecuta en ritmos distintos (que son la mayoría de la casuística de candidatos y probablemente de supervisores también). Este énfasis en calificar solo de análisis a la alta frecuencia, ¿es un arnés proveniente de lo pedagógico, pero no desde la clínica? Y los atolladeros no acaban aquí. Por un lado, el análisis de control intenta promover una 'transferencia de trabajo', un cuestionamiento a lo sabido, pero lo hace desde un modelo de transmisión pedagógico, de un 'saber hacer' que se asume cae siempre de un solo lado del vínculo.

El análisis de control, además, si es exitoso, al acotar las dificultades del aspirante en promover el levantamiento de las represiones en su analizante, prescribir o proscribir maniobras técnicas, cuestiona el alcance del análisis didáctico que este transita. Si no fuese así (los límites alcanzados en la escucha), el controlador no tendría nada que decir.

Pero dirá, en términos de informes, notas, comentarios, reuniones del Instituto, acerca del desenvolvimiento de lo que hace. Y, con ello, su ejercicio será uno de *poder* cuando no de *autoridad*.

Menciono nada más, si pudiera ser deseable que el controlado hable también de su controlador. Que cuente con algún tipo de vía para hacer saber algo de lo que piensa y siente en el marco de su control, distinto al de su análisis personal.

Sin embargo, aunque ningún Instituto Psicoanalítico dirá abiertamente que se basa en la autoridad, el dar cuenta de lo que sucede en la supervisión, es generalmente una calle de una sola vía...

Los seminarios teórico-clínicos

Los seminarios, a diferencia de los análisis de control, tienen como primer ras-go que no se trata de encuentros 'uno a uno', sino que son eventos colectivos, en los que participa todo el grupo de candidatos, junto a uno o más docentes.

En ellos, se revisa algún aspecto del hacer, la técnica, y se intenta vincular con el relato de alguna cura dirigida por un candidato. Este procedimiento es menos asimétrico que el análisis de control, en tanto intervienen (obligatoria u optativamente) todos los participantes del mismo. Busca deliberadamente establecer nexos entre el campo de las prescripciones del hacer analítico con las del campo de la clínica, que en psicoanálisis es un campo de sentidos.

Implica también una mirada sagital, no procesual, de una cura dirigida por quien da testimonio de ella. En el ejercicio de asociar técnica con clínica, a mi parecer, deberían poder satisfacerse los siguientes requerimientos mínimos:

1. Una idea aproximada acerca de con qué tipo de estructuración subjetiva el analista lidia (neurótica, psicótica o perversa).
2. Una capacidad de escucha del discurso inconsciente (o de los límites para ello).
3. Una capacidad de poder establecer un dispositivo analítico, ajustado a las particularidades clínicas de la estructura inconsciente del analizante, o de maniobras tendientes a ello.
4. Una demostración de intervenciones que se manifiesten como adecuadas en su objetivo de levantar represiones y ayudar a la develación del deseo.
5. Una aproximación razonada a comprender el tipo, intensidad y tono transferencial instalado, o en vías de hacerlo.
6. Un posicionamiento claro del ejercicio de la ética analítica, en tanto respeta la emergencia del deseo inconsciente y apunta a la reapropiación del saber del analizante sobre sí y sus efectos.

La lista anterior es incompleta y parcial, pero, desde mi punto de vista, mínima y necesaria para intentar dilucidar si quien conduce la cura 'está haciendo disparates' o si su acto puede reclamar la sanción de 'analítico'.

Por último, me parece saludable que, dentro del ciclo de seminarios que el docente imparte, de forma obligatoria presente un caso propio. Es una maniobra que aumenta la horizontalidad del aprendizaje y el carácter de inacabado que todo análisis conlleva.

A modo de conclusión, un intento de visión binocular

Todo lo anterior es un listado incompleto de inquietudes acerca de aspectos que me interesan sobre la Formación Psicoanalítica. Dentro de un deseo de hacerla rigurosa, pero no asfixiante, la institucionalización y modelización de la misma se topa con límites, contradicciones y la necesidad de ser revisitada.

En tanto es una experiencia subjetiva de transformación, que apunta de la sospecha de la existencia del inconsciente a la certeza del mismo, las formas de estimular aquello combinan eventos de órdenes disímiles. Dentro de la estructura de trípode, en la que hay acuerdo en el seno de la IPA, coexisten formas de transmisión pedagógicas con las de orden existencial, como es el análisis del analista en formación.

He intentado dirigir mi mirada hacia dos de estos ámbitos que se parecen entre sí, los análisis de control y los seminarios técnico-clínicos, para marcar que, dentro de sus semejanzas, habitan profundas diferencias. Mientras que en uno el foco está puesto en el proceso de asunción de un estilo personal y una 'reinención' necesaria del gesto freudiano, el otro enfatiza la transmisión de la técnica al campo de sentido de la clínica y viceversa.

Sin embargo, retomando la idea de "profesión imposible" a la que aludí más atrás, el 'círculo' de advenir analista, no puede reducirse a las 'cuadraturas' de los dispositivos institucionales, por mejor reglamentados que estén.

Es mi esperanza, que el tópico de la formación continúe siendo una fuente de inquietudes para que, los que decidimos incidir activamente en la producción de nuevas generaciones, nos prevengamos de cualquier sensación de conformidad.

Si todo lo anterior puede generar más preguntas que respuestas, mi propósito al abordar el tema, habrá tenido éxito.

Trying to get the quadrature of the circle: technical-clinic seminars and supervisions in the becoming analyst

Abstract

Objective: From Safouan (1984) definition of analytical knowledge as "rebel" and Freud's (1926) characterization of psychoanalytic profession as an "impossible" one, the author questions about the impossibilities of getting the quadrature of the circle in the psychoanalytic training. *Means:* This is tried looking at technical-clinic seminars and supervisions which both leave a rest in

the process of training the new practitioners of the unconscious. Common and distinctive aspects of both institutional procedures are examined, remarking their functions and values, as well as differences and difficulties. *Results and Conclusions*: At last, an abstract is tried in order to be used as stimulus to continue in thinking about the Psychoanalytic Training.

Keywords: psychoanalytic training, supervisions, technical-clinic seminars.

Referencias

- Freud S (1926) *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Diálogos con un juez imparcial. *Obras Completas*, Tomo **XX**. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud S (1937) *Análisis Terminable e Interminable*. *Obras Completas*. Tomo **XIII**. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kernberg O (2001) Otto Kernberg en Caracas *Revista T(r)ópicos*, **IX** (1): 21-139.
- Korman V (1996) *El oficio de Analista*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (1969) *Proposición del 9 de octubre de 1967*. En *Escritos*. México DF: Siglo XXI, 2009
- Laurent E (2004) *Principios rectores del acto analítico*. Recuperado de nucep.com/wp-content/uploads/2012/10/eric_laurent.pdf
- Liberman A (1998) *Las supervisiones rotatorias, un encuentro con la diversidad*. *Revista T(r)ópicos*, **V**(1)
- Liberman A (2018) *La condición didáctica: deconstruir el análisis didáctico*. *Revista Asociación Psicoanalítica Colombiana*, **30**(1): 131-140.
- Liberman A (2020) *Los desafíos de la formación analítica*. *Revista T(r)ópicos*, **XXV**(1): 40-43.
- Merea EC (2004) *La extensión del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller JA (1989) *El banquete de los analistas*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Miranda Redondo R (2003) *La profesión "psi" y la formación para la autonomía. Una reflexión sobre el caso Lebovici*, Recuperado de https://www.academia.edu/32039179/La_profesi%C3%B3n_psi_y_la_formaci%C3%B3n_para_la_autonom%C3%ADa_Una_reflexion_en_torno_al_caso_Lebovici
- Nasio JD (2002) *Como trabaja un psicoanalista*. México D.F: Planeta.
- Safouan M (1984) *Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas*. Buenos Aires: Paidós.

Tamayo L (2004) El discipulado en la formación del analista. En de la Garza MA (Coord.) *Memorias del octavo simposio del círculo psicoanalítico mexicano. El lugar del psicoanalista*. Recuperado de https://www.academia.edu/36270896/El_discipulado_en_la_formaci%C3%B3n_del_psicoanalista_en_El_lugar_del_psicoanalista_pdf

Fecha de recepción: 18 de febrero, 2021

Fecha de aprobación: 11 de marzo, 2021

Contacto:

Adrián Liberman L

adrianliberman@gmail.com